

América-Europa. La alteridad frente al espejo

Porque no en vano, sino con mucha causa y razón éste de acá se llama Nuevo Mundo. Y es el Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino porque es en gentes y cuasi en todo como fue aquel de la edad primera y de oro.

Vasco de Quiroga

Justo cuando la imprenta se hace popular en Europa y permite salvar y difundir por primera vez en la historia viejos manuscritos griegos, árabes y latinos —hecho que marca el Renacimiento— aparecen las *Cartas de Américo Vespucio* hablando, cual revelación, de *novus mundus*, de naturalezas y hombres desconocidos, que ponen en serio entredicho la eminente *Cosmografía* de Tolomeo (publicada en 1478, en Roma), la *Historia plantarum* de Teofrasto (1498, Venecia) e incluso los consagrados tratados de Aristóteles, de moda entonces.

La gran novedad de la época era que tanto los antiguos como los nuevos tratados de geografía, geometría, álgebra, física, cosmografía o historia natural estaban al alcance de la mano y eran leídos con avidez. Todo ese conocimiento laboriosamente acumulado durante milenios debió someterse a una revisión de fondo. Muchas ideas y conceptos perdieron de pronto toda vigencia, algunos confirmaron su validez y la mayoría debieron necesariamente ser puestos al día. Tal como ocurrió con esa monumental obra de herbolaria de Otto Brunfels, publicada en 1530 después de muchos años de investigación, que debió reelaborarse completamente debido a la inmensa cantidad de nuevas plantas encontradas en América. Semejante esfuerzo se produjo en la geografía y la cartografía (había que rehacer todos los mapas); en la economía (la incorporación de sesenta millones de kilómetros cuadrados creó la economía-mundo); así como en teología y filosofía había que pensar en la *unicidad* del hombre y el universo, con lo que se gesta el concepto moderno de *Humanidad*. Se produjo a la vez una crisis y una

poderosa renovación del conocimiento —una revolución epistemológica, se diría hoy—, dando origen a un tiempo abierto, exploratorio, apto para pensar la existencia de un mundo compuesto por varios mundos.

De igual modo que Europa no conocía el continente americano tampoco sabía que la tierra giraba (tesis de Galileo) o que la sangre circulaba (Miguel Servet). Ya se sabe que la intolerancia condenó a muerte a estos dos librepensadores. Para la mentalidad de la época era inconcebible que la *oecumene* de la cristiandad no abarcara a todos los hombres y territorios de la creación. En algún momento se pensó que Dios se equivocó, que era falible, pues no estaba escrito en ninguna parte acerca de estos hombres y estos reinos. La tarea de *reinterpretar el mundo* fue un inmenso desafío para la imaginación, la razón y la fe. El obispo Vasco de Quiroga, humanista erudito, al llegar a México en 1531, consideraba que se halló un Nuevo Mundo porque «en gentes y cuasi en todo» corresponden a la edénica «edad primera y de oro». ¿Cómo formular así una nueva y verdadera representación del cosmos y del hombre? Los humanistas se sienten más autorizados que nunca para hablar de universalidad, de humanidad —el mundo como hogar del género humano—, con lo que introducen una categoría definitiva para expresar un mundo habitado por hombres semejantes y distintos. La revelación de América, de una parte, y la incorporación objetiva de la pequeña Europa al mundo, de otra, configuraron la nueva idea de humanidad. Una nueva *imago mundi* se impone poco a poco, que incluye además a Asia, África y Oceanía.

Una aceptación que no fue rápida ni unánime. En la propia Europa los descubrimientos y proezas de marinos portugueses y españoles entraban difícilmente en la ciencia universitaria, se les relegaba desdeñosamente a una zona de saberes inciertos y en otros casos se les sometía al examen de los inquisidores. Todavía en 1512 el erudito Alesandro Achillini enseñaba en la Sorbona que el ecuador era una zona estéril, vacía y despoblada. En 1539 J. Boemus publica su *Recueil de diverses histoires des trois parties du monde*, cuyo título mismo niega la existencia de América, pues para Boemus el mundo se compone de Europa, Asia y África; obra muy consultada y reeditada hasta el siglo XVII. En esos años el geógrafo Mercator sigue publicando sus mapas con una Europa enorme como centro del universo. En su primera mirada al espejo de la alteridad, Europa se vio grande y al centro.

Las estrategias encubridoras

Las *Cartas* de Américo Vespucio (1505) encendieron el imaginario y la curiosidad del hombre europeo. Rápidamente los informes de los descubri-

dores y conquistadores comenzaron a circular entre las cortes de Europa, grupos de comerciantes y cenáculos de librepensadores, remeciendo las estructuras de la mentalidad de entonces. La correspondencia de Colón a los Reyes Católicos (1493) da, como un primer fegonazo, el retrato original del hombre americano: bello, bondadoso, libre, desinteresado de los bienes materiales, como si viviera en la Edad de la Inocencia.

Vespucio dice, consolidando esa primera impresión de Colón, «no acostumbran tener capitán alguno, ni andan en orden, pues cada cual es señor de sí mismo. La causa de sus guerras no es la ambición de reinar, ni de extender sus dominios, ni desordenada codicia». Cuando les preguntábamos por qué guerreaban, dice Vespucio, «no nos sabían dar otra razón sino que lo hacían para vengar la muerte de sus antepasados o de sus padres. No tienen rey ni señor, no obedecen a nadie, viven en entera libertad».

En la Europa convulsa de entonces, atravesada por guerras religiosas y disputas territoriales, junto a los humanistas del Renacimiento existían activos movimientos mesiánicos, providencialistas, que creían en el inminente fin del mundo, del que sólo podía salvarlos la Tierra Prometida por el Creador en las antiguas escrituras. Ese deseo inmemorial de paraíso, de búsqueda de la felicidad, a ojos de Europa se objetivó, se hizo corpórea, en América¹. América fue vista por Europa con los ojos de la antigüedad clásica. ¿Qué otra mirada podía tener la Europa del Renacimiento, sino la del mundo helénico y latino? La tierra edénica donde vive el hombre liberado del pecado, donde no se sufre hambre ni epidemias ni sojuzgamiento, estaba en las tierras de América; allí los hombres no tienen rey ni señor, y en el firmamento aparece una idea radiante que hará fantasear a Europa: «Viven en entera libertad». Esta primera percepción del hombre encontrado en el Caribe dio origen a la primera leyenda europea del hombre americano: el *buen salvaje*.

Esta imagen, la primera en el espejo de Europa (la alteridad americana mirándose en espejo ajeno), tuvo su momento y su importancia. ¿Qué se escondió o descubrió ante el espejo? En los libros de Rabelais (1534) se encuentra esa mezcla de admiración y curiosidad por esos indios que «aprecian más un pedazo de fierro que una pepita de oro»². Los ensayos de Montaigne se esfuerzan por comprender a hombres con culturas y costumbres diferentes, sentando las bases del relativismo cultural. Europa trata de entender la racionalidad diferente del hombre americano, su desprendimiento por las piedras preciosas, el oro y la plata, y el por qué daban una importancia casi reverencial a las plumas y los tejidos. Así ocurrió en el sorprendente encuentro de los embajadores de Moctezuma con Cortés, cuando los mexicanos ofrecen de regalo metales y plumas coloridas y los conquis-

¹ Ainsa, Fernando. Necesidad de la utopía. Nordam Comunidad, Montevideo 1990.

² Febvre, Lucien. Le problème de l'incroyance au XVI siècle. La religion de Rabelais. Editions Albin Michel, Paris 1988.

tadores se arrojan sobre los objetos de oro, dejando desconcertados a los aztecas, pues el oro no era un bien escaso ni delicado como las plumas³. Se produjo allí un choque de racionalidades distintas, de dos sistemas socioeconómicos con prioridades diferentes; ambos tratan de entenderse mutuamente y en el intento se produce un sinfín de equívocos. La cultura del bronce y el mercantilismo, ávida de metales «preciosos», no podía entender el modo de producción agrícola-religioso de los antiguos americanos. Al final se impuso, sobre el espíritu humanista, los imperativos económicos de Europa.

La idea del *buen salvaje* se mantuvo por largo tiempo, aunque coexistió pronto con otra leyenda —la del *Dorado*— cuyo mensaje decía que América no sólo era la tierra áurea sino el lugar de la juventud y las frutas, el jardín escogido por la providencia para dar sus frutos al mundo. Como enviada por la providencia se recibió en Europa, además de los metales preciosos, la muy estimada *papa* (para los campesinos pobres «la única prueba de la existencia de Dios»), el maíz (que originó una revolución agrícola en el norte de Europa), la palta o aguacate (que, según La Condamine, era «muy bueno para los asuntos del amor»), la milagrosa *quina*, que hacía bajar la fiebre más porfiada (el rey de Francia encargó un estudio detallado de esta planta), el cacao o chocolate (de moda gracias a sus atributos energéticos) y, en fin, la vainilla, el cacahuete, los mangos, y tantos otros, que hicieron descubrir delicias desconocidas al paladar, generándose una verdadera revolución del gusto culinario.

En pocos años se imprimen y traducen en Europa los informes de la conquista. Hacia 1510 en las principales islas del Caribe —Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba— había ya una vigorosa implantación española, con ciudades que contaban con su Plaza de Armas, casa de gobernador, cuartel, iglesia y cárcel. La Hispaniola (Santo Domingo) y Cuba se transforman en el centro de operaciones para la conquista del resto de América, pues se sabía con certitud que en tierra firme se encontraba el Dariem (Panamá), más al sur el afamado imperio de los incas y al norte el de los aztecas. Sabían también por información local que del otro lado del Dariem había un océano, el que pronto Balboa partiría a «descubrir». En esos años el humanista italiano agregado a la corte española, Pedro Mártir de Anglería, presencia la llegada de Colón, lee los informes de los viajeros, anota las novedades y los da a conocer, primero en privado y luego impresos al público. A través de sus *Décadas* Europa se informa de los avances del descubrimiento, como si se tratara de un corresponsal informando a sus lectores.

Los estudiosos de la utopía, como el argentino Ezequiel Martínez Estrada o el francés Jean Servier⁴, estiman que Tomás Moro, fundador del género utópico, había leído en 1515 unas copias de las *Décadas* de Mártir de

³ Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista. Introducción y notas de Miguel León-Portilla. UNAM, México 1959.

⁴ Servier, Jean. Histoire de l'utopie. Idées-Gallimard, París 1967.

Anglería, cuando estuvo en Amberes comisionado por el rey de Inglaterra para negociar la reapertura de intercambios comerciales de su país con los Países Bajos. Amberes se convirtió entonces en un importante puerto gracias al pujante comercio transatlántico. Allí se podían encontrar documentos inéditos sobre las tierras de altamar e intrépidos navegantes que los habían recorrido (uno de éstos, portugués para más señas, figura como Hythlodeo —del griego «narrador o cronista»— en la *Utopía* de Moro).

Las ocho *Décadas* despiertan un notable interés en Europa. En 1533 un tal Antoine Fabre las traduce al francés y lo publica en París con el título de *Extraicts ou recueil des isles nouvellement trouvées en la grande mer océane*, que contiene, además de las cuatro primeras *Décadas* de Mártir de Anglería, dos narraciones sobre la conquista de México, elaboradas a partir de las cartas de Cortés. En esta versión de Fabre se encuentra la partida de nacimiento de la leyenda del *buen salvaje*, pues se menciona en esos términos. Ellos, dice, «dejan sus jardines abiertos, no tienen leyes, libros ni jueces; pero por su propia naturaleza siguen lo que es justo y rechazan lo malo y lo injusto, todo aquello que hace injuria de los otros».

Esta idea sobre la condición *natural* del hombre americano, como mera «extensión» de la naturaleza, hizo escuela y se volvió ideología dominante y prejuiciosa para tratar al hombre americano, que llega incluso, después de Buffon y La Condamine en el siglo XVIII, a épocas recientes en figuras como Hegel, quien niega historicidad al hombre americano (para referirse al origen de un amerindio los tratados europeos dicen «natural de»). La idea de fondo era que América pertenece al reino de la naturaleza y no al de la historia y la razón. Éste fue un reflejo apocado de América en el espejo del otro (de algún modo sigue siéndolo, pues ahora se pide de América un *exotismo macondiano*).

A la leyenda del *buen salvaje* y la del *Dorado* se sumó pronto una tercera: la *Leyenda Negra*. La del *Dorado*, inofensiva y amistosa a primera vista, al mostrar una América mítica sirvió perfecta para *encubrir* la realidad cruel para los amerindios de la explotación masiva de oro y plata destinada a llenar las arcas de Europa y hacer viable el capitalismo mercantil. El economista Raymond Barre señala que esos metales preciosos —que generaron la famosa *revolución de los precios*— dieron nacimiento a Europa como potencia comercial, pues puso en boga el mercantilismo, consolidó los bancos de Lyon, Sevilla, Amberes, Francfort y Amsterdam; propició las primeras *bolsas* de valores y permitió una extraordinaria actividad comercial y empresarial, que moldeó el destino de Europa hasta nuestros días⁵. ¿El mito del *Dorado* no fue la cortina ideológica que sirvió para *esconder* el precio en vidas indígenas que costaba extraer el oro y la plata, la madera y el índigo? A su vez la leyenda *negra*, que decía que los conquistadores

⁵ Barre, Raymond. *Economie politique I*. PUF, París 1983.